

sobrios, los habitantes del Norte, varios pueblos bravíos y los braçmanes de la India, que solo viven de vejetales, son castos, parcos y moderados. La existencia del cuadrúpedo alcanza, segun la regla establecida por Buffon, comprobada por repetidas observaciones, el séptuplo del tiempo que media entre su nacimiento y la época de su pubertad. Así pues, cuanto mas pronto sea capaz el animal de enjendrar, mas corta será su vida. El hombre, apenas púber á la edad de catorce años, debería vivir unos ciento; y si á tanto no alcanzamos, segun nos prometió la naturaleza, no tiene esta la culpa, sino nuestro propio desvarío, ó nuestra débil constitucion, causada por la mala complexion de nuestros padres: así pues, todas nuestras dolencias traen su orígen de nuestro modo de vivir poquísimos conforme con las leyes naturales.

Nótanse tres términos en la época del medro; el de la infancia, el de la pubertad, y el de la edad varonil.

#### ARTICULO PRIMERO.

##### DE LA INFANCIA.

El infante apenas salido de las entrañas maternas no tiene otra voz que el jemido, anunciando ya su desamparo, y dijérase que solo se presenta á la luz de la vida para sentir inmediatamente sus dolo-

res (1). Todos pasamos por ese estado de inocencia y desamparo, al vaiven de infinitos quebrantos, sin resguardo ni auxilio propio, puesto que nacemos mas desvalidos que los animales, y nuestra existencia se cifra en la de nuestra madre. El hombre nace entre la orina inmunda, vive en un estado continuo de dolor y zozobra, y se empoza luego en la tumba: ¡cierto que si no hubiese otra vida, mejor le fuera no haber nacido! Cuando el infante sale al mundo, lávanle en agua tibia con un poco de vino; enjúganle y átanle el cordon ombilical, cortándolo mas abajo de la ligadura. Las mujeres salvajes lo cortan con los dientes, y no siempre lo atan; pero, á pesar de esta falta de precaucion, son rarísimas entre ellas las hemorragias. Las Hotentotas no lavan nunca sus hijos para quitar la leve mucosidad que las aguas del amnios empapan en la piel. Muchas naciones del norte chapuzaban á los recién-nacidos en agua fria, y hasta los tendian sobre la nieve: tal era la costumbre de los Escoceses, Irlandeses, Helvecios y Jermanos, de quienes dijo un poeta:

Durum é stirpe genus, natos ad flumina primum  
Deferimus sæv oque gelu duramus et undis.

(1) Tum porro, puer, ut sævis projectus ab undis,  
Nauta, nudus humi jacet, infans, indigus omni  
Vitæ auxilio, cum primum in luminis oras  
Nixibus ex alvo matris natura profudit:  
Vagitoque locum lugubri complet, ut æquum est  
Quo tantum in vita restet transire malorum.

LUCREC, *Rer. nat.*, lib. v

Vide Plinio, lib. VII, *De imbecillitate naturæ humane*, y Lactancio, lib. *De opificio Dei*, cap. III.

Los Morlacos, los Islandeses, los Siberianos, y otros muchos, conservan aun en el día esta práctica, la cual acostumbra al hombre desde su nacimiento al rigor del frío; no obstante ofrece el inconveniente de endurecer á veces el tejido celular, y amaratándose la piel, fallecen muchos niños. Juan Jacobo Rousseau, que vitoreó esta práctica, hollando la medicina, se hubiera guardado de hacerlo, si hubiese estudiado mejor los alcances de nuestra organización.

Estrechando á los niños con redobladas fajas, apriétaseles el pecho, y se les da cierta propension á la tisis. La compresion de las vísceras del bajo vientre contraresta por otra parte la digestion, de donde resultan los infartos y la cacoquimia, primera causa del raquitismo. La sangre oprimida en el cuerpo refluye al cerebro, produciendo en él graves convulsiones y paroxismos epilépticos. Las mantillas nos causan tormento y nos afean; toda posicion violenta es fatigosa, entorpece los órganos, causa dolor, precisa al niño á agitarse, y produce hernias y desencaje de articulaciones. ¡Ojalá se persuadan las madres de la insensatez y crueldad de las fajas y envolturas, que ningun bien producen y causan tantos males! ¿Son acaso mas lisiados que nosotros los salvajes y los animales, que no conocen ni fajas ni mantillas? ¿Encuéntanse entre los perros, los gatos, las ovejas, los caballos, los canarios, etc., individuos jorobados, cojos, mal conformados, raquíticos, como en las jeneraciones de los hombres aprensados desde su niñez con envolturas? ¿No es

probable que este encarcelamiento de todos los miembros, esta dolorosa opresion encone el carácter para toda la vida, puesto que principia con actos de violencia y preceptos de servidumbre?

Sobreviene con el nacimiento una mudanza en la circulacion de la sangre: los estornudos levantan el pecho, despiden la mucosidad de las narices, y dejan entrar el aire en los pulmones; la sangre que penetra en estas vísceras se impregna en ellas de aire, vuelve al corazon por la vena arteriosa, y se distribuye en seguida á todo el cuerpo por la arteria aorta y sus ramas. Antes de esta época, la sangre pasaba inmediatamente del ventrículo derecho del corazon á su ventrículo izquierdo. Con todo, este cambio de circulacion no se verifica repentinamente, sino que ya se prepara en el feto por gradaciones sucesivas.

El infante tiene los huesos cartilajinosos, las estremidades pequeñas, las carnes blandas, jelatinosas y húmedas; sus vasos son grandes y anchos, sus nervios parecen gruesos, su cerebro es considerable, su vientre dilatado; el tejido celular que envuelve sus órganos es flojo, esponjoso, y está lleno de linfa; sus glándulas están henchidas y rebosantes de humores dulces y sosos; y hasta se puede esprimir de sus tetillas un licor lechoso durante los primeros dias de su nacimiento. Sus ojos estan empañados, arrugados, y cubiertos de una telilla (túnica de Haller) que neutraliza la impresion aguda de la luz sobre sus órganos delicados. Los oidos estan cerrados por una mucosidad que contiene los

sonidos demasiado fuertes; los senos pituitarios, barnizados de un humor pegajoso, son insensibles á los olores; la piel demasiado floja no puede dar aun ningun concepto del tacto, y la lengua sabe á penas paladear los sabores. Fuerza es que por grados aprendamos á valernos de nuestros sentidos; solo estamos dotados de un instinto escaso que nos inclina maquinalmente hácia el seno materno para chuparlo.

El recién-nacido tiene ordinariamente de diez y ocho á veinte y una pulgadas de largo, y pesa de seis á diez libras. Sus primeros lloros anuncian la impresion desconocida que recibe del aire; descárgase pronto de algunas mucosidades de la garganta, y orina. La coronilla, ó la fontanela, es la parte de su cráneo que aun no ha adquirido solidez, y está situada entre el hueso frontal y la reunion de los huesos parietales, sintiéndose latir si se le aplica la mano. Parece que esta abertura, que no se observa en ningun viviente, se halla en la especie humana á causa de la compresion que debe experimentar el cerebro en la matriz, y para que pueda achicarse ó avenirse mas fácilmente al parto; pues los animales, no teniendo la cabeza tan abultada como el hombre, no necesitan esta sabia precaucion de la naturaleza.

Algunos dias despues de nacido, experimenta el infante una tiricia pasajera, por entrar ya en sus funciones la biliar y el aparato hepático. Ordinariamente, al primer dia arroja el meconio, materia negruzca de los intestinos del feto. La primera leche

de la madre, ó el colostro, que es seroso y laxante, le ayuda á descargarse de esta materia esccrementicia; sin embargo, ordinariamente no se deja mamar al niño hasta doce horas despues de su nacimiento. La sabia naturaleza ha proporcionado las cualidades de la leche materna á las necesidades de la criatura; así que, la leche de las amas le es mucho menos adecuada, por sobrado añeja y espesa, puesto que en la madre es mas serosa cuanto mas cercana al parto. Por otra parte, la leche de una mujer estraña no es tan idéntica con la complexion del recién-nacido como la de su propia madre; y lo será aun mucho menos la leche de un animal: lo mejor es seguir la naturaleza.

El recién-nacido duerme casi todo el dia, y pide de mamar cuantas veces despierta. Los negritos se cuelgan á las largas tetas de su madre, y se asen tan bien de sus riñones, que se las ve trabajar y acudir á sus tareas sin sostenerlos. El mecimiento ocasiona á veces el vómito, y es jeneralmente perjudicial; los violentos gritos que dan los infantes pueden producir hernias; el desaseo en que los tienen las amas descuidadas produce escoriaciones, que se curan con el polvo de madera apolillada; los cólicos que les atormentan pueden mitigarse con emolientes oleosos y leves laxantes; y los ácidos que se forman en las primeras vias se corrijen fácilmente por los mismos medios.

Unos cuarenta dias despues de nacido, empieza el infante á reir y á conocer á los que le rodean, *Incipe, parve puer, visu cognoscere matrem*; pero

no empieza á tartamudear sino al décimo ó duodécimo mes. Las palabras mas naturales son las labiales, como *baba*, *papa*, *mama*; y así es que se encuentran casi en todas las lenguas del globo, y espresan los nombres de *padre* y *madre*.

Durante los tres primeros meses debe alimentarse al niño con solo la leche materna; aunque al cabo de un mes y medio puede dársele agua panada; pero téngase entendido que las papas son muy perjudiciales, pues engrasan el estómago de la criatura, recargan y obstruyen sus intestinos, y por último causan á veces la muerte. El agua panada es preferible á las papas por ser de mas fácil digestión.

La lactancia debe durar naturalmente hasta la época de la dentición. Los incisivos, que son ocho, cuatro en la parte anterior de cada mandíbula, despuntan á los ocho ú diez meses. Su asomo es doloroso y va acompañado de calentura é inflamación. En esta época debe reducirse el alimento por no esponerle á perecer. Los cuatro dientes caninos ó colmillos salen al décimo mes, y al duodécimo ó dècimocuarto, los molares ó las muelas despuntan en número de diez y seis, lo que forma un total de veinte y ocho dientes. A la edad de veinte y seis ú treinta años, y aun mucho antes, salen cuatro muelas, dos al fondo de cada mandíbula, lo que completa el número de treinta y dos dientes: estas últimas muelas se llaman *del juicio*. Hacia la edad de seis ó siete años, se verifica un nuevo desarrollo en el sistema nutritivo del niño; se robustece; los incisivos, que llaman *dientes de leche*, se caen y re-

nuevan con otros mas anchos y resistentes. Otro tanto sucede, hacia los diez ó doce años, con los cuatro lanarios ó caninos, y las cuatro primeras muelas. Vese por lo dicho que de los treinta y dos dientes, se renuevan los diez y seis anteriores, permaneciendo intactos los diez y seis posteriores. No todas las mujeres tienen el número completo de treinta y dos dientes. Cítanse algunos niños que nacieron con los dientes incisivos, como Luis XIV; pero estos ejemplos son muy raros.

El cabello de los recién-nacidos es siempre mas ó menos rubio en la casta europea; pero en las demás es ya enteramente negro. Lo mismo sucede con el iris. El matiz del cabello y de los ojos se va ennegreciendo con los medros, y se destiñe cuando, pasada la madurez, descendemos á la senectud. Los hijos de los negros y Mogoles, cuya piel es de color subido, nacen todos mas ó menos blancos; pero se van atezando por grados, aunque no se les esponga al sol.

Cuanto mas joven es el individuo, mas rápido es el medro; y lo mismo sucede en la especie humana que en los animales y las plantas. Hase observado que este crecimiento es mas considerable en verano que en invierno, porque el calor lo favorece mas que el frio. La nutrición es comunmente proporcionada al aumento del cuerpo. En efecto, el feto en el útero se sustenta á todas horas con la sangre materna; así es que su volúmen aumenta en corto tiempo en todas dimensiones. El niño come á menudo, y crece por lo mismo con mas prontitud que

el mozo, porque este come proporcionalmente menos. Por otra parte, al paso que los órganos se van desjugando y endureciendo, se engruesan mas lentamente, las fibras se ponen menos estensibles, los canales se obstruyen por grados, cuájanse las mallas, el alimento pasa con mas dificultad, y no empleándose ya en la composicion de los órganos, para en grasa, ó se trasforma en sémén para producir otro sér.

Niños hay que crecen con mayor rapidez que otros, y cuya economía es mas temprana. Las niñas estan formadas mucho tiempo antes que los niños, ya sea porque su organizacion necesite menos solidez y nutrimento, ya sea porque la sensibilidad de su sistema nervioso comunique mayor rapidez á sus medros, ó porque siendo su cuerpo naturalmente mas delicado, mas ténues sus fibras, y menos cerrado y resistente el tejido de sus órganos, adquieran mas presto su última perfeccion.

Tal es sobre la tierra la carrera del hombre; tiene ya al nacer la cuarta parte de su estatura venidera, y la mitad á los dos años y medio (pues todos los séres crecen prontamente en la edad primera, á causa de la flojedad de los órganos y el impulso del movimiento vital); á los diez años alcanza las tres cuartas partes de su estatura, que completa á los diez y ocho: pasada esta época se va abultando hasta la edad de veinte y siete años, y si cuadra con su complexion, ensancha todavía su corpulencia hácia los cuarenta años, plazo en que la vida se va apocando en el desempeño de sus incumbencias.

La estatura humana es por toda la tierra entre cinco y seis pies, esceptuando los pueblos hiperbóreos, que no llegan á cinco. La mujer es siempre menor que el hombre; la duracion comun de su vida es, en nuestros tiempos y con nuestros hábitos sociales, bajo los diversos climas de la tierra, de unos setenta años.

#### ARTICULO SEGUNDO.

#### DE LA PUBERTAD, DEL AMOR, Y DE LA MENSTRUACION EN LAS MUJERES.

HASTA ahora solo hemos visto en el hombre un ente individual propenso á la dependencia, á las escaseces; pronto le veremos sobreponerse á la tutela, robusteciéndose, y llevando consigo el semillero de nuevas vidas. El infante solo existe para sí; no es, propiamente hablando, de ningun sexo; y no pertenece sino á la actualidad. El ente, ya mozo, no yace aislado en la naturaleza, forma parte de la especie entera, y es en cierto modo ciudadano de la posteridad: su existencia pertenece á las edades venideras; es un vástago cuyas ramas se perderán en la eternidad de los siglos. Ya no vive para sí; crece para la especie humana; siendo, como es, miembro integrante de esta familia inmensa, no pertenece ya á sí solo sino á todos.

En esta época brillante de la vida pierde el niño